

do una emoción sublime que jamás habíamos experimentado. La enorme cúpula de San Pedro se presentó á nuestras miradas, sobresaliendo entre todas las eminencias más elevadas de aquel inmenso caserío que forma la ciudad de los Papas....

Aquí tendremos necesidad de suspender nuestro relato en el estilo que venimos sosteniendo como apropiado al carácter de esta obra. Las impresiones recibidas desde nuestra llegada á Roma hasta el momento de despedirnos del Santo Padre, las consignamos en su día en una carta que escribimos para un amigo querido. No podríamos después de pasadas esas primeras impresiones trasladarlas al papel en otra forma distinta. Tal como allí las expresamos, así las sentimos y así han quedado escritas en nuestra memoria y grabadas en nuestro corazón. Es necesario dejarlas como quedaron allí y no agregaremos nada á lo que en esa fecha memorable nos inspiró la situación en que nos encontrábamos. Séanos, pues, permitido transcribir en la parte relativa el texto de la expresada carta. Después continuaremos el relato en el estilo propio del cronista. Seguirá hablando éste cuando haya acabado de hablar el creyente. No llevarán á mal nuestros lectores que demos preferencia á las expansiones religiosas nacidas de esas primeras impresiones que recibimos al llegar á la Metrópoli del catolicismo y al presentarnos delante del Jefe de la Iglesia católica.

Dice así la carta. Le consagraremos capítulo especial.

CAPÍTULO DÉCIMONONO.

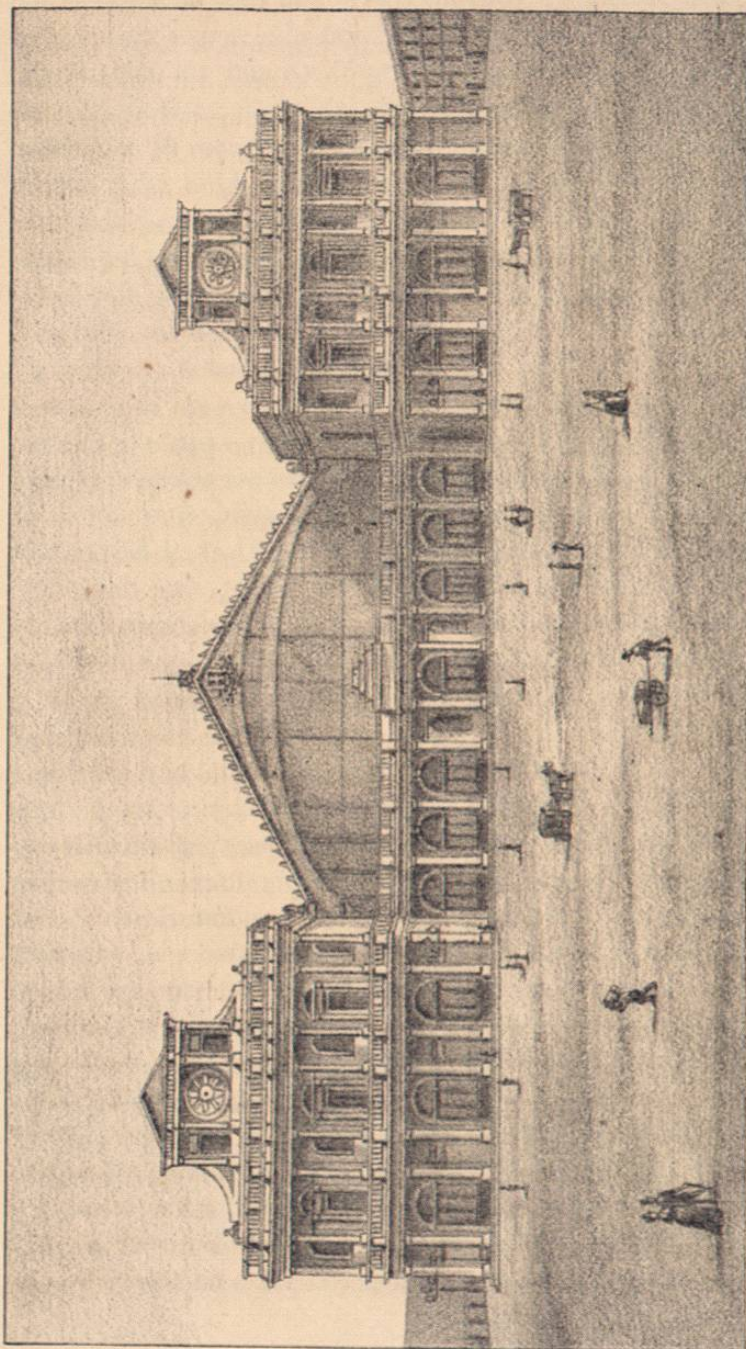
Impresiones religiosas á la vista de San Pedro.—Los mexicanos residentes en Roma.—La Sra. de Miramón.—Angelini.—Cautiverio del Pontífice.—En la Capilla Sixtina.—¡El Papa!—La Misa.—La Comunión.—La audiencia.—Reflexiones sobre el discurso de Su Santidad.—Los peregrinos recibidos individualmente por el Jefe de la Iglesia.

NO se puede describir la impresión que se experimenta al descender al famoso valle del *Latium*, en el que se elevan las siete colinas en que fué asentada la Ciudad Eterna. El valle no está ya tan desolado como en los tiempos de Chateaubriand y de Gaume; en su mayor extensión está cultivado y no inspira la tristeza que á su aspecto sobrecojió á los viajeros de antaño. Lo primero que se descubre desde gran distancia antes de llegar á Roma es la gigantesca mole de la cúpula de San Pedro, que se eleva como una montaña sobre todas las eminencias que la circundan. San Pedro se levanta sobre todos los monumentos que nos quedan de la antigua Roma, como el Cristianismo se ha alzado de siglos atrás sobre las ruinas de esa civilización pagana envuelta en la confusión de los escombros que nos ha dejado, para evidenciar la inestabilidad de las cosas humanas, y la pequeñez de las grandezas que no reconocen por origen inmediato á Dios. San Pedro descuella en Roma sobre todo lo que allí existe de grande y de grandioso en lo antiguo y en lo moderno, como la Religión Cristiana se alza majestuosa sobre

todas las teogonías, sobre todos los cultos, sobre todas las religiones que han existido desde el principio del mundo hasta nuestros días. San Pedro se presenta á los ojos del viajero como el símbolo de ese poder sobrenatural del Pontificado, que está sobre todo poder humano; que abarca la gran extensión del Globo, y se ejerce aun más allá de donde alcanza su influencia aparente. San Pedro ostenta su asombrosa magnitud sobre todas las obras de los pasados siglos y de los presentes, como la Iglesia de Jesucristo se muestra superior á todas las creaciones de la inteligencia y del orgullo humano, así en los tiempos antiguos como en los actuales. El célebre acueducto romano, del cual se conserva una gran parte y se descubre mucho tiempo después que se ha descubierto la enorme cúpula, parece una pobre citarilla junto á San Pedro.

“Una exclamación unánime de admiración, de alegría y de religioso entusiasmo salió de todos los labios mexicanos al ver aproximarse la Ciudad de los Papas, la Metrópoli del Cristianismo.—¡Roma! ¡Roma! gritaban cien voces.—¡Roma! ¡Roma! respondía el eco, haciendo latir violentamente los corazones.—¡México está llegando á Roma! pensaba yo: México viene por la primera vez á Roma: México viene al centro de la Unión católica: México está cerca de la residencia del Vicario de Jesucristo....

“El tren se detenía entrando en una gran galería cubierta de cristales. Nos hallábamos al fin en Roma. Un grupo de estimables mexicanos esperaba en la Estación del ferrocarril en donde nos encontrábamos. ¡Qué grato es ver compatriotas lejos del suelo patrio, y mucho más si estos son el distinguido prelado de la Iglesia Illmo. Sr. Montes de Oca, y la respetable matrona Sra. Concepción Lombardo de Miramón, y su estimable y simpática hija la Srta. Guadalupe, y la recomendable Sra. Eulalia Flores, y la estimable familia Guerra y las Sritas. Fortuño, y tantos otros señores y señoras mexicanos que honran á nuestra patria en el territorio romano. Expresar lo que sentimos al ver en Roma á nuestros queridos compatriotas no es dado á la



LIT. C. MONTAUBRIOL. MÉXICO.

ESTACION DE ROMA.

pluma: esa emoción es sólo para sentirla; principalmente y por lo que á mí toca la que experimenté al hallarme delante de la ilustre expatriada familia del inolvidable general Miramón. Una lágrima corrió por mis mejillas al ver á esa interesante señora, digna del amor y del respeto de todo buen mexicano. El recuerdo de las desgracias que han amargado la vida de la noble dama, viuda de uno de nuestros hombres más prominentes sacrificado sin piedad á la razón de estado y á las conveniencias de partido; prodújome una impresión de dolor que contrastaba con las de alegría que embargaban mi ánimo al llegar á la Ciudad de los Pontífices. La virtuosa señora, aunque resignada con su suerte, vive siempre con los recuerdos de su gloria y de sus desgracias; pero ha preferido vivir lejos de su patria para alejar de sí todo lo que esos recuerdos pueden atormentarla, y ha venido á fijar su residencia en Roma, en el lugar en donde á la sombra del Padre Santo y bajo la influencia de las inspiraciones religiosas, pasa la vida entregada á la práctica de las virtudes cristianas, en cuyo ejercicio encuentra un bálsamo consolador que cura sus dolores y las profundas heridas de su alma. La señora de Miramón, á pesar de las amarguras que México ha derramado en su espíritu, á pesar de las decepciones que ha tenido de algunos mexicanos, ama á su patria y á sus compatriotas con una ternura y con un cariño que debiera interesar por su suerte y confundir á los que directa ó indirectamente fueron causa de sus infortunios. La señora de Miramón, al saber la llegada de los mexicanos á Roma, se conmovió profundamente, y su mayor deseo fué estrecharnos entre sus brazos y acompañarnos en nuestras excursiones, y prestarnos todo género de atenciones y servicios. Ya se verá en lo de adelante cómo supo cumplir con sus nobles propósitos.

“Hay en Roma un Caballero italiano amigo de México y de los mexicanos, con quienes ha querido identificarse, y con quienes se halla ligado por relaciones de amistad y de negocios. A fuerza de tratar con nosotros ha llegado á querernos, y su afición á México lo hizo aceptar con agrado el pa

pel de Cónsul de nuestra República, que desempeña en la actualidad. Ya se supone que hablo de D. Enrique Angelini. Al tener noticia de nuestra próxima llegada á Nápoles, se trasladó á esa ciudad para recibirnos, y después de habernos prestado servicios importantes en el desembarque y en la instalación en los alojamientos, volvió á Roma al día siguiente para recibirnos en esta capital. Angelini organizó perfectamente nuestra recepción en Roma, y al llegar nosotros á la estación del ferrocarril nos lo encontramos preparado para hacernos instalar convenientemente. A los pobres que lo aceptaron les proporcionó tarjetas para ser alojados gratis en el palacio de San Juan de Letrán, que el Santo Padre puso á su disposición. A los demás peregrinos nos distribuyó en diversas casas particulares y hoteles ajustados previamente bajo buenas condiciones. Lo arregló todo tan perfectamente que media hora después de haber bajado de los trenes nos hallábamos en nuestros respectivos alojamientos. Adelante haré mención más de una vez de las atenciones que Angelini nos ha prestado durante nuestra permanencia en esta ciudad.

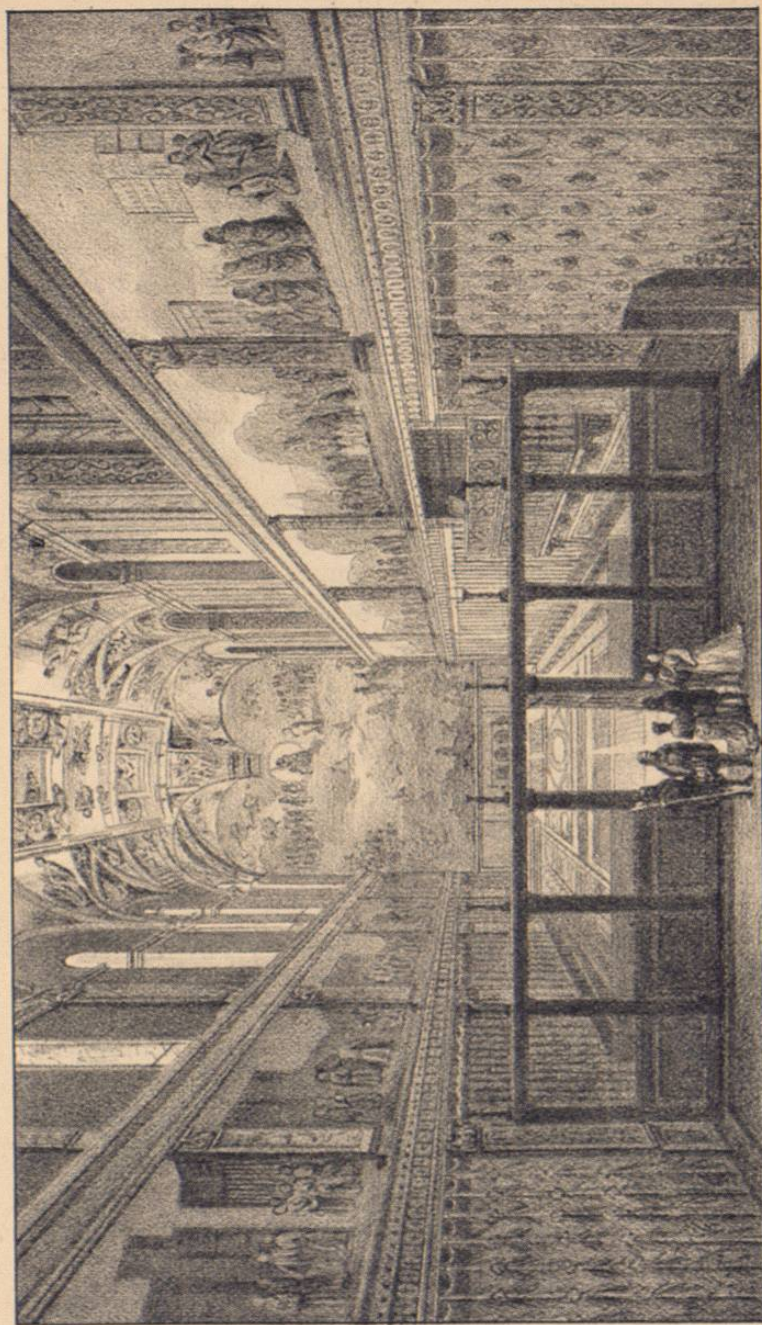
“Desde antes de salir de Nápoles ya teníamos noticia de que el Santo Padre nos concedía la gracia de asistir á la Misa que celebraría por nuestra intención el domingo trece en la capilla Sixtina, y el lunes catorce nos recibiría en audiencia especial en el Vaticano. Largo nos pareció el día intermedio entre el de nuestra llegada y el en que debíamos ir á presenciar la Misa del Vicario de Jesucristo. A las siete de la mañana, casi todos nos hallábamos reunidos en la famosa capilla para esperar la tan deseada hora en que debía celebrarse el Santo Sacrificio. Ya tendrá usted noticias, por las correspondencias de los periódicos, de todos los detalles de esta augusta ceremonia, durante la cual los mexicanos tuvimos la felicidad de gozar de la presencia del venerable Jefe de la Iglesia. Me limitaré, por lo mismo, á consignar mis impresiones individuales en este acto, cuyo recuerdo será imperecedero para todos los que en él tuvimos parte.

“La entrada al palacio del Vaticano fué la primera impre-

sión que recibimos los que penetramos á la capilla por el patio nombrado de San Dámaso. Primeramente llamó nuestra atención el verdadero cautiverio en que se encuentra en Roma el Padre Común de los fieles. Al dar vuelta por el exterior de San Pedro para entrar al Vaticano por la puerta principal, nos sorprendió ver grupos de gendarmes que recorren la vía que á dicha puerta conduce; pero poco antes de entrar en dicha puerta, custodiada por los suizos de la guardia pontificia, nos impresionó extrañamente la presencia de un destacamento italiano y de un centinela que se paseaba, fusil al hombro, delante de la puerta mencionada. ¿Qué hace allí ese destacamento? ¿Qué cuida ese centinela, que no ha sido puesto indudablemente para servir de guardia de honor al Pontífice? ¿Qué hacen esos soldados italianos frente á frente de los que custodian el palacio pontificio? ¿Cuál es su objeto? ¿Cuál su consigna? Nadie lo sabe; pero se presume que no están allí para proteger al Papa, sino para impedirle la salida de su palacio. ¿Y no es este un verdadero cautiverio? ¿Y pueden los católicos, y pueden los gobiernos de las potencias cristianas ver con serenidad este constante amago á la libertad del Pontífice? ¿No hay quien proteste contra semejante ultraje á la independencia de la Iglesia? ¿No hay un Gobierno católico que haya pedido explicaciones de tan extraña conducta al Gobierno italiano, ya que hasta ahora no ha habido quien le pida cuenta del despojo de que ha sido víctima el Pontificado? Por lo que á mí toca, no puedo menos de consignar este hecho y levantar mi voz, como católico, contra éste y los otros atentados del Gobierno que se apoderó de Roma con mengua de los derechos y con desprecio de las concesiones hechas á la Santa Sede por los antiguos príncipes cristianos. Cumpro así, en cuanto puedo, con el sagrado deber que los hijos de la Iglesia tenemos de defender sus inmunidades. ¡Ojalá y Dios me concediera derramar mi sangre en defensa de tan justa causa!

“Los suizos pontificios, como acabo de decir, custodian el Palacio del Vaticano. Con los uniformes rojos y amarillos que dibujó Miguel Angel hace más de tres centurias, están

apostados en las puertas, en los corredores y en todos los demás sitios en que su presencia se considera conveniente, ó en donde lo exigen las prescripciones de la etiqueta: generalmente hacen el servicio en todos los departamentos que conducen á las habitaciones del Papa, ó á los lugares en que ha de presentarse Su Santidad. Al entrar en la capilla, una comisión de chambelanes pontificios nos recibía y nos indicaba el lugar en que debíamos colocarnos. A mí me tocó ser de los agraciados con el favor de ir á recibir la Comunión de manos del Santo Padre; se me dió asiento en el presbiterio, á la derecha del altar. La Capilla Sixtina no tiene aspecto de templo católico, á pesar de los asuntos religiosos que se hallan representados en los frescos que decoran sus muros. Es un salón de forma cuadrangular, de mediana extensión y buenas proporciones arquitectónicas. Un altar portátil, colocado debajo de un solio carmesí, era lo único que daba á entender que en aquel salón debía celebrarse la Misa Papal. Mucho había yo leído y oído hablar sobre la Capilla Sixtina; pero confieso que al entrar en ella por la primera vez para recibir la Sagrada Eucaristía, asistiendo al Santo Sacrificio que iba á celebrar el Pontífice, no me ocupé en ver las paredes, ni pensé que me hallaba en un lugar de cuyas bellezas artísticas dice tanto la fama. Entregado á pensamientos más elevados que la contemplación de las obras del arte, procuré encerrarme dentro de mi alma, y esperé ansioso la llegada del Santo Padre. Esta no se hizo aguardar mucho. A las ocho y media, un murmullo general entre los concurrentes, me hizo abrir los ojos y ví cerca de mí la majestad del venerable anciano León XIII, que avanzaba al centro de la plataforma con paso firme, trayendo en la mano derecha un hisopo con el cual hacía aspersiones de agua bendita. Absorto me quedé contemplando la interesante figura de aquel anciano respetabilísimo, único objeto de la atención y de las miradas de todos los que nos hallábamos presentes. La figura de León XIII es bella, majestuosa é imponente. De estatura más que mediana, su cuerpo ligeramente encorvado, no parece estar agobiado por el peso



LIT. C. MONTAURIOL, MÉXICO.

CAPILLA SIXTINA.

de los años. Sus grandes ojos azules brillan todavía con el fuego de la edad viril; su boca, entreabierta ligeramente, presenta la mandíbula inferior un poco más saliente que la superior; su nariz, larga y de correctas líneas, revela una antigua nobleza de sangre; el color blanco de su rostro ostenta la palidez del sufrimiento moral, no las huellas de padecimientos físicos. El aspecto del Papa, en el conjunto de su persona, es el de un hombre superior; su cabeza parece como circundada de una aureola de grandeza, que no puede dejar duda acerca de la elevación de su inteligencia y de sus sentimientos. Vestido con el traje episcopal, entre una muchedumbre de prelados eclesiásticos sin alguna insignia que le distinguiese, reconoceríase en él inmediatamente al Vicario de Jesucristo.

“Llegando al centro de la plataforma en donde se había colocado un reclinatorio, su Santidad se arrodilló sin esfuerzo ni dificultad, y en esa actitud permaneció algunos minutos; tiempo suficiente para que yo, que estaba muy pocos pasos, pudiese contemplarle á mi sabor y me extasiara en los pensamientos que su presencia me inspiraba. Este hombre, me decía yo, está revestido de la dignidad más alta á que pudiera aspirar hombre alguno; este anciano es el objeto de la veneración universal; no hay un solo pueblo de la tierra en donde no tenga adictos, no existe nación en el mundo en donde no haya quienes le reconozcan autoridad y le obedezcan; los gobiernos que no le aman, le respetan y aun le temen; su voz, cuando habla, es oída en todos los ámbitos del Globo terrestre, y á pesar de los esfuerzos de sus enemigos, y á pesar de las maquinaciones de las sectas, el prestigio de su autoridad se conserva siempre á la altura á que se halla lo sobrenatural sobre lo terreno. Este hombre no nació rey, ni tiene Estados, y sin embargo, los soberanos de todas las naciones le rinden homenaje. Este hombre para los católicos es el representante de Jesucristo en la tierra, y tiene en sus manos las llaves del Reino de los Cielos. Y estoy delante de este hombre extraordinario y de sus manos voy á recibir el mayor de los dones, la Sagrada Eucaristía; y el Dios huma-

nado va á venir á mí conducido por su Vicario. . . . En estos y semejantes pensamientos me ocupaba mientras el Santo Padre celebraba con devoción edificante el augusto sacrificio, de cuyas ceremonias no perdí ni el menor movimiento, de cuyas oraciones no perdí una sola palabra.

“Llegó el momento solemne de la Comunión. No sé lo que sentí al acercarme á la Sagrada Mesa; parecióme que las piernas me flaqueaban; penetrado de mi pequeñez, comprendí la grandeza de la merced que iba á recibir y anonadado y confundido llegué á los pies del Santo Pontífice, rezando con todo fervor el *Confiteor Deo*. Cuando el venerable celebrante, después de haber oído mi sincera confesión general, se volvió á nosotros para otorgarnos la absolución, experimenté algo que se parecía á la primera absolución que recibí la primera vez que me acerqué al Sacramento de la Penitencia. Todos mis pecados acababan de serme remitidos por Dios mediante el ministerio de su Vicario. Podía recibir sin temor la Hostia consagrada, y lleno de amor y de confianza en la bondad infinita, la recibí de las manos de Su Santidad, con la fe de que el Cuerpo de Nuestro Señor custodiará mi alma hasta la vida eterna, como me lo acababa de decir á mí individualmente el hombre á quien se ha dado todo poder en la tierra y en el cielo. Muchos, muchísimos muy menos indignos que yo estarían envidiando y con sobrada razón la felicidad que disfrutaba en esos momentos. Así lo consideraba yo mismo y daba gracias á Dios, que tal merced se había dignado concederme.

“Terminada la Misa el Sumo Pontífice nos otorgó su bendición á todos los presentes. Para los que tenemos fe, para los que sabemos apreciar en lo que vale una especial bendición del Vicario de Jesucristo, aquel acto era de una gran significación, y el conocimiento de sus trascendencias para nuestra felicidad nos abría un campo ilimitado de esperanzas para el porvenir. El que ha recibido la bendición del Padre Santo, ha recibido la de Dios, y el que tal dón ha recibido, ¿qué podrá temer en lo futuro? ¡Cuánto bueno deberá esperar! Estas reflexiones me sugería la presencia del Santo Padre en

medio del altar, vuelto al pueblo, elevando primero sus ojos al Cielo y extendiendo en seguida su mano sobre nuestras cabezas para bendecirnos. ¡Momento sublime aquel en que nuestro buen Padre pedía á Dios derramara abundancia de bienes sobre sus hijos, que nos hallábamos presentes! ¡La Trinidad augusta escuchando aquella voz y confirmando los deseos y las intenciones del Jefe de la Iglesia! Después de haber sido objeto nosotros de esta especial distinción, ya no podremos dudar que en lo futuro habrá de cubrirnos una especial protección del Cielo.

“Al día siguiente, á las once de la mañana, estábamos reunidos en una de las célebres galerías de Rafael. Habíamos sido llamados nuevamente al Palacio Pontificio, y nos hallábamos en aquel lugar no para contemplar y extasiarnos con las obras maravillosas del divino Sancio, sino para ver más de cerca y hablar al Padre Común de los cristianos que había citado á sus hijos de México con el objeto de recibirlos en su regazo y prodigarles sus caricias. La etiqueta pontificia, tan severa de ordinario en todos los actos públicos que preside el Papa, nada prescribe de ceremonial en las recepciones de los peregrinos católicos. Las tarjetas de invitación que nos fueron distribuidas, nada decían respecto de traje. Los peregrinos se presentan como quieren ó pueden, y no están sujetos á prescripción alguna de etiqueta.

“De la galería de Rafael fuimos conducidos á la sala del Consistorio. Allí esperamos agrupados al derredor del trono. Pocos minutos de espera, y el venerable anciano apareció precedido de un cortejo poco numeroso de guardias y cardenales. Aquella era una reunión de familia, y el Sumo Pontífice no debía presentarse con todo el aparato de su alta dignidad. Unos cuantos de sus servidores y unos pocos de sus auxiliares en el gobierno de la Iglesia, eran los únicos llamados á tomar parte en aquella reunión del padre con los hijos. El más caracterizado de éstos, el Illmo. Sr. Portillo, habló por todos dirigiendo al Pontífice una salutación filial, que no un discurso diplomático; una manifestación de amor y de adhesión, y no una peroración obligada á frases